

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Sábado 29 de Abril.

El Eco de Cartagena

LA AGRICULTURA EN ESPAÑA.

Supérfluo es que tratemos de demostrar la importancia que tiene la agricultura sobre los demás elementos de riqueza, pues nadie ignora que ella es fuente de que dimanen todas las fuerzas de combinación para que resulten los frutos que la inteligencia espera de sus inspiraciones, ya en el orden industrial, ya en el comercial respecto al bienestar de las sociedades humanas.

Tanto es esto así, que según el testimonio de la historia, desde un principio todo su afán se dirige a sacar el partido posible de los gérmenes fecundos que encierra el suelo para satisfacer sus necesidades, hasta los límites que aquellas tienen trazado según el número de individuos que las constituyen y su grado de civilización. De ahí primero, la aparición de pueblos pastores cuyo solo objetivo es el bienestar presente, errantes de comarca en comarca, y por consiguiente formados en tribus nómadas. Luego de pueblos agrícolas deteniéndose provisionalmente para ayudar a la naturaleza en los trabajos estacionales y recoger únicamente los productos de tiempos dados. Finalmente de pueblos industriales y comerciales, fijando su asiento constante en los puntos en que se han creado ya intereses permanentes que no es dable abandonar sin detrimento de las afecciones morales que ellos han producido.

Entonces, tomando el destino de la sociedad el sendero que le trazara la fuerza omnipotente de la creación, marcha por el al fin que tiene señalado, y salvando dificultades, da vida, una después de otra, a la propiedad, la familia, la provincia y el Estado, que transforman sucesivamente las potencias del alma y del cuerpo respecto a la vida moral y material, siendo su fórmula espre-

siva el desarrollo progresivo de aquellos principios, especialmente el que tenía relación con agricultura, fuente, como hemos dicho, de los demás.

Sin embargo, siglos y siglos fueron menester hasta que la luz de la ciencia, alimentada con la perseverancia del genio, iluminara los reconditos tesoros que la unidad de causas encerraba en su seno; pero hoy todas las naciones civilizadas cuentan ya con elementos suficientes para que la agricultura provea con profusión de todo lo necesario a la vida humana por medio de las múltiples combinaciones y transformaciones de la materia, formadas por el impulso de la industria y trasladadas en nuevos cuerpos de uno a otro confín del mundo por la actividad locomotiva del comercio.

¿Pero se halla nuestra España en el mismo caso? Triste es decir que no. A pesar de estar situada en el mejor clima y poseer un suelo más fértil, marcha muy rezagada en esta senda de prosperidad real, exhausta de brazos, y con su tercera parte yerma. No cabe decir que no puede aspirar a los beneficios del progreso agrícola que gozan las demás naciones por su posición al extremo del gran continente europeo, pues el conducto prepotente del telégrafo, de los caminos de hierro y de la imprenta la tienen en perpetua relación con aquellas.

¿Por qué, pues, permanece en estado estacionario permitiendo sus hijos que sea considerada como una región desconocida y sufran las consecuencias de su aislamiento en el continente civilizador de los otros pueblos cultos? Cada día se oye a la opinión lamentarse de la escasez de habitantes; no pueden mirarse sin el corazón comprimido, los claros de nombres de pueblos que abarcan en los mapas de la península más de su tercera parte, hay que leer cada año los estragos de las innumerables hordas de langosta que asolan en breves momentos los pocos campos cultivados de las provincias meridionales. Se reclaman y se escogitan remedios que a nada han conducido, ni conducirán, por-

que basados en un empirismo rutinario no se dirigen a la causa. El insecto devorador se incuba, nace y se desarrolla por el poderoso elemento que nace de comarcas inmensas sin cultivo, allí prepara sus huestes, y cuando un soplo propicio viene a darles fuerzas de locomoción aérea, se levantan como una nube de tempestad, salvan los montes y se avalanzan sobre los campos fértiles para saciar a su manera el instinto devorador que las acosa.

Que hay de hacer, pues, para que cesen males tan graves?... Roturar aquellos yermos, cultivarlos según la teoría y la práctica modernas, aprovechar con la agricultura los inapreciables dones que la benignidad del clima derrama a raudales. Entonces no cabe duda podrá satisfacerse con holgura las necesidades y aun abandonar un sobrante a los pueblos cuyo exceso de población y clima ingrato se opone a sus esfuerzos, negándose a producir lo necesario.

No hay brazos se dirá, ni riqueza suficiente para atender a la adquisición de los instrumentos que la industria ofrece para practicar el cultivo en las condiciones que exigen los adelantos modernos.

No hay brazos, es cierto, pero hay un sistema que se llama de «Colonias agrícolas»; hay pobreza de medios de adquisición por los agricultores de los elementos de adelanto de la agricultura, pero hay otro sistema que se llama «Asociación de pequeños propietarios». Hay en fin, un nuevo mundo agrícola que descubrir y es la industria rural.

A cuantas apreciaciones no se prestan estos tres principios de fomento de la agricultura española, nuestros lectores en su recto criterio se les ocurrirá de momento, como también que todas ellas no pueden ventilarse en un solo artículo de periódico. Señalado pues, el norte, hacemos punto final, esperando más calma y pueda más lucidez de inteligencia desarrollar nuestra opinión sobre estos tres puntos tras-

cedentes que a nuestro ver encierran no solo el aumento de prosperidad y riqueza del suelo español si que también el fin de estas discordias civiles intermitentes que la aniquilan y la ponen al nivel de los pueblos más atrasados.

Miscelánea.

Capítulo de novela.—Hace algunos días un Sr. B... encontró frente a su casa de la calle Saint-Sabin (Paris) una niña que parecía contar de quince a veinte días de vida. Eran las diez de la noche.

El Sr. B... condujo a la niña a la comisaría de policía. Entre las ropas de la criaturita abandonada se encontró un papel que contenía estas palabras: «Se llama Albertina. Dentro de un año espero ser menos desgraciada y la reclamaré. ¡Dios la ampare!»

Albertina ha ingresado en el Hospicio de los Enfants-Assistés.

Los pintores franceses de puertas y ventanas tienen la costumbre de cantar cuando trabajan.

Un pintor mayor, o jefe de pintores, recibió el encargo de mandar fuera de Paris seis manejadores de brocha tan hábiles que pudiesen terminar un trabajo bastante largo en un corto tiempo.

El contratista hizo desfilar a todo su personal. Se presentó el primer pincelista. El contratista le dijo:

—Cantame alguna cosita.

El aspirante entonó lentamente: «¡Oh, Fernand!» de «La Favorita.»

Fue despedido en el acto.

Entró el segundo pincelista, que cantó la salve de «Dinorah. También fue despedido.

El tercero se lanzó al «Tourne, tourne» de la «Vida parisiense». Fue admitido y también lo fueron admitidos otros cinco ciudadanos que cantaron piezas de compás rápido.

Ya habrá comprendido el lector la preferencia del contratista por la música viva.